

LA DISCUSION.

Edición de la mañana.

Jueves 18 de Noviembre de 1858.

Año III. - Núm. 841.

QUESTION DE MÉJICO.

III.

Es un hecho innegable que los españoles de Méjico toman una parte activa en las cuestiones interiores de la República. No pocos se han hecho célebres por haber sublevado una parte del país y acudido a importantes facciones. Permanecen rara vez ociosos cuando la reacción y la revolución se aprestan a dar una de sus batallas. Publican periódicos, ejercen la mayor influencia que pueden sobre gobiernos y Parlamentos. Censuran y ridiculizan en alta voz todo lo hecho después de la guerra de la Independencia, abogan por el restablecimiento del dominio de España, se quejan sin tregua del estado anárquico de la nación cuando tanto contribuyen a mantenerlo no solo con palabras, sino con hechos.

Conducta mas á propósito para fomentar y avivar antipatías nacionales no es seguramente posible. No habría razón para admirarse de que exasperados los mejicanos se levantasen ó hubiesen levantado contra tan incómodos huéspedes. De gentes que en otro tiempo han sido nuestros señores hasta los servicios nos repugnan, porque creemos que nos degradan. ¡Cuánto menos hemos de estar dispuestos á tolerar sus agravios! Nos hemos de irritar naturalmente mucho mas, si las vemos de continuo escuchadas por un pabellón que no es el nuestro y puestas en cierto modo fuera del alcance de nuestros tribunales y nuestras leyes.

Han podido exacerbar esas antipatías en Méjico los mismos españoles que residen en España. No hace aun mucho tiempo que encarecía aquí una parte de la prensa la idea de entronizar un príncipe de nuestra familia real sobre las ruinas de tan desgraciada República. Sobran, se decía, los elementos para realizar el proyecto: bastaría una política activa y hábil en nuestro gobierno para que el mismo Méjico reconstituyese una monarquía á que debe siglos de paz y de ventura. Tratábase por de contado de apoyar allí uno de los partidos que se disputan el mando, tratábase de intervenir, aunque embozada é hipócritamente, en la marcha de los negocios interiores. ¿Cómo no han de ver los mejicanos en los españoles un constante peligro para las instituciones de su patria? ¿cómo no han de temer que los que allí viven y moran conspiran á la ejecución de tan ambiciosos planes? Una nacionalidad recién formada mira con recelo y desconfianza á sus antiguos dominadores; ¿cómo no los ha de temer y odiar si tiene motivos para creer que atentan contra su libertad y su vida? Tenemos contra nosotros un precedente fatal para las repúblicas de América: la inicua y descabellada expedición de Florez, expedición concebida, alentada y organizada en nuestro mismo suelo, costeada de nuestros propios fondos, llevada por nuestros buques á las playas de América.

Repetimos que no habría sido de extrañar una revuelta de los mejicanos contra nuestros compatriotas. ¿Dónde están, sin embargo, no ya las pruebas, sino los indicios de que tal sublevación estuviere en el ánimo de los naturales de Nueva España? Tenemos á la vista la hoja de agravios presentada por el Sr. Pidal al ministro de Méjico. Sucesos parecidos á los de Cuernavaca los ha habido solo en San Dimas, en Pachuca, y en otra hacienda llamada San Miguel Treinta; no en ninguna ciudad ni en ningún pueblo de importancia. A haber provenido de una marcada animosidad contra los españoles ¿no habrían sido mas generales? ¿no se habrían reproducido donde hubiesen vivido mas en número nuestros conciudadanos? En San Dimas hubo todo un motin contra los españoles; solo dos hermanos fueron blanco de las iras de la muchedumbre. En Pachuca no hubo mas de un español acometido y muerto. En San Miguel Treinta fué asaltada la hacienda como en Cuernavaca por una partida de gente de armas: los agresores fueron afortunadamente rechazados.

Nos dirigimos á todo hombre de conciencia: ¡hay razón para inferir de aquí, como el Sr. Pidal, que hubiese en Méjico un plan premeditado contra la vida y las haciendas de los españoles? En motivos no nacionales, sino personales, hemos de buscar el origen de tan deplorables acontecimientos. Los españoles acometidos en San Dimas lo habian sido un mes antes por sus operarios: el motin tuvo, según parece, por objeto vengar y poner en libertad á los operarios presos. Entre los asesinos de Cuernavaca habia operarios de la finca asaltada: multitud de operarios pre-

senció los hechos sin que ninguno socorriese á las víctimas. Aguirre, una de ellas, murió por la ofensiva declaración de un operario. Los operarios de las haciendas en Méjico están, por lo que ha llegado á nuestra noticia, duramente tratados y mezquinamente retribuidos: los españoles no son los ámos de menos empedernido corazón ni menos exigentes. Salen generalmente de aquí mal educados y movidos por el solo impulso de la codicia: no es de extrañar que lo sacrificquen todo á un fin que para colmo de mal se proponen alcanzar en pocos años.

La venganza pudo muy bien armar el brazo de algunos de los salteadores; el deseo de pillaje firmar un pacto de sangre con la venganza. Las casas invadidas han sido todas saqueadas: los bandoleros de Cuernavaca no han despreciado las promesas de sus víctimas, sino después de haber descerrajado y vaciado el arca de la finca y aun las cómodas y cofres.

Pudo tambien entrar por algo en el crimen la pasión política; no la de nacionalidad, pero si la de partido. Hemos dicho que los españoles no suelen conservarse neutrales en las luchas interiores de la República: habian combatido la revolución de Ayutla, y no es improbable que los que la habian hecho, á la sazón armados, quisiesen esplayar sus odios en sus principales adversarios. Las pasiones están allí exaltadas y son bravias y terribles. No como españoles, sino como reaccionarios, pudieron tambien morir á mano airada los gefes de la hacienda de San Vicente. Los gefes de la hacienda de San Vicente; no los hermanos de San Dimas ni el español de Pachuca. El español de Pachuca debió su muerte á su imprudencia; los hermanos de San Dimas, solo á dos de las tres causas que llevamos indicadas.

Así las cosas, ¿por qué, preguntamos nuevamente, se ha de considerar como cuestion internacional la de los asesinatos? Se ha alegado que los agresores de Cuernavaca pertenecian á las tropas de la República; mas no lo arroja así el proceso. Habia entre ellos soldados; no constituian toda la partida. No la constituian siquiera en su mayor parte ni la dirigian. Aun cuando la hubiesen constituido y dirigido; ¿por qué habíamos de á quejarnos? ¿Se ha negado la República á proceder contra todos los que resulten cómplices? ¿Ha faltado á alguna de sus leyes de enjuiciamiento ó olvidado algunas de las prácticas judiciales para que podamos suponer que desea dejar impunes á los criminales? Esta es para nosotros la cuestion; todo lo demas es divagar y razonar en falso.

Queremos que hubiese ido á la hacienda de S. Vicente el mismo general Alvarez al frente de su ejército, si la República no se negase á perseguir ni á castigar segun la ley á general y á sus tropas, es decir, si la República no hiciese suyo el hecho, la cuestion no dejaría de ser á nuestros ojos de derecho comun, en nada afectaría el de gentes. Pueden violar el derecho de gentes las naciones, no los individuos.

Mas ¿para qué partir de una hipótesis destruida? La opinion de que el crimen fue cometido por tropas de la República, resulta falsa en autos. Solo el deseo de presentarnos fuertes con los débiles, ya que tan débiles debemos presentarnos con los fuertes, ha podido determinar nuestra conducta con Méjico; solo el de cohonestar bien que mal esa conducta, nos puede empeñar en sostener opiniones destituidas de todo fundamento.

F. PI Y MARGALL.

Vamos á fijar la cuestion de la conducta de los demócratas en Barcelona, ya que la Iberia la interpreta á su manera y con sus acostumbrados argumentos. Nosotros nos elevaremos sobre todas estas apreciaciones, y fijaremos la cuestion. Aquí hay dos cuestiones: una de principios y otra de conducta. Miremos estas cuestiones separadamente.

1.º En la cuestion de principios, cuando se comenzaban las juntas preparatorias del partido progresista, nosotros preguntamos á la Iberia y á sus correligionarios cómo entendian la soberanía del pueblo, porque de sus apreciaciones podría derivarse el llegar, ó á una avenencia ó á separar mas y mas el partido progresista de la democracia. La Iberia, lejos de contestar como debia, lejos de decir lo que pensaba sobre la soberanía del pueblo, se encerró en un absoluto silencio. ¿Quién ha faltado aquí? ¿La Discusion ó la Iberia?

2.º En la cuestion de conducta la Iberia dijo el día anterior á la eleccion, que el partido progresista solo debia votar sus candidatos progresistas. ¿No era esto escluir á los

demócratas? ¿No era esto decir que no debian ser votados los candidatos demócratas?

3.º Cuando nosotros pedimos la reunion, el gobierno del general O'Donnell nos negó la reunion en muestra de esa cordialidad tan preconizada hácia el partido democrático. Pues bien, la Iberia lejos de reprobar la conducta del gobierno, calló; silencio en verdad extraño, cuando las circunstancias eran tan graves, y la herida abierta á la libertad era tan profunda; silencio que equivalía á una aprobacion de la conducta del gobierno. ¿Es generosa esta conducta en el partido democrático?

4.º Llegaron las elecciones y los demócratas siguieron la conducta que mas justa les pareció, y por cierto que un mes antes de la eleccion, un mes escaso, bien benévola y complaciente se mostraba la Iberia con el gobierno; y bien se irritó contra nosotros porque deciamos que el gobierno debia ser combatido con ardor y con fé por todos los que de veras amaran la libertad y el progreso.

5.º Los demócratas de Barcelona, recordando que el partido progresista no ha hecho mas que malgastar la libertad, se decidieron á votar candidatos demócratas, en señal de que no querian contacto con ningún partido.

6.º En el distrito primero de Barcelona fué presentado nuestro distinguido amigo Figueras, que habia representado en otras muchas ocasiones aquel distrito, aun bajo el mando de los moderados, y en épocas de reaccion como la época de Bravo Murillo. Allí se presentaba tambien el señor Escosura.

7.º No habiendo segundas elecciones, á pesar de la conducta de los progresistas, á pesar de los insultos de la Iberia, á pesar de las diferencias que nos separan, á pesar de que en un distrito de Madrid como se propusiese por algunos electores un candidato demócrata los progresistas allí reunidos recibieron con rumores de desaprobacion tal candidatura por no ser de su partido; á pesar de todo esto, de todos estos recuerdos no muy gratos, en verdad, nuestro dignísimo amigo Figueras escribió una carta para que los demócratas votaran al Sr. Escosura.

8.º Los demócratas de Barcelona, unos han votado, otros han dejado de votar al Sr. Escosura; pero han tenido generosidad bastante para olvidar los agravios inferidos por los progresistas; otros han tenido bastante entereza para recordar que el partido progresista disolvió las asociaciones obreras, holió todos los derechos, violó la seguridad individual, deportó en Barcelona, ni mas ni menos que hacia Narvaez, y no han querido votar por el Sr. Escosura ni por ningún candidato.

Ahora bien: ¿qué resulta de todo esto? ¿Qué hay en todo esto? ¡Hay la pretension absurda, ridicula de que nosotros votemos á los progresistas y de que los progresistas no voten á los demócratas. La democracia no se coaliga con ningún partido, ni con los de cerca, ni con los de lejos, ni con ninguno. Eso de las coaliciones se queda para la plana mayor del partido progresista, para sus gefes, para sus eminencias mas antiguas, que todos ó casi todos se han coaligado con el general O'Donnell. Por lo demas, hemos fijado los puntos capitales y esperamos la contestacion de la Iberia. Pero téngase entendido de ahora para siempre, que no contestaremos ni á chismes, ni á personalidades, ni á ninguna cuestion que no sea ó una gran cuestion de principios, ó una gran cuestion de conducta.

MONTES.

II.

Al hablar en nuestro artículo precedente, publicado en la Discusion correspondiente al día 10 del mes actual, de la conveniencia de trasladar la escuela de ingenieros de montes á otro punto que reuniera las circunstancias necesarias para que los alumnos saliesen adornados de todos los conocimientos prácticos que son de absoluta necesidad, y el Estado se indemnizase de los cuantiosos gastos que arrastran en pos de sí, prometimos dedicar otro artículo á probar que la mala direccion dada al servicio que prestan los ingenieros de montes, es la causa de que la nacion no haya obtenido las ventajas que no podia menos de esperar con sobrada justicia. Vamos, pues, á cumplir nuestra palabra empeñada, y empezaremos la prueba examinando desde el momento en que los primeros alumnos tomaron el título de ingenieros de montes, que fué en 1832; esto es, desde que el gobierno los consideró aptos para desempeñar dignamente los cargos que en el ramo se les encomendaran.

Cualquiera que abrigue en el fondo de su corazón si quiera un ápice de amor patrio, inferirá lógicamente que el gobierno, ansioso de mejorar el ramo en su parte administrativa, base fundamental de la prosperidad de los bosques; anhelando vivamente conocer la verdadera riqueza forestal del país; ébrio de entusiasmo por atajar los males que de tiempo inmemorial se venian denunciando, así como los abusos que se cometian talando los montes ó usurpándolos escandalosamente; ó, en una palabra, obligado por un deber imprescindible á examinar las causas que habian contribuido á que esta riqueza se encontrase en el estado mas lamentable y de inmediata ruina, y á emplear los medios suficientes para destruir cuantos obstáculos se opusieran á tan laudable fin, considerando la que existiera y fomentándola si era posible; cualquiera, repetimos, supondrá que el gobierno dió salida en el momento á los in-

—¿En donde?

—¡Qué mala memoria tienes! Pero en fin, como tú ya sabes algo de tu destino, te interesas muy poco en que los demas sepamos lo que la suerte, andando el tiempo, nos tiene preparado.

—¡Ah! exclamó Francisco. ¡Es verdad que tenemos una cita con la gitana!

—Y es preciso no faltar á ella.

—Pero la dificultad consiste en que no sabemos á su casa.

—¡Voto á brios, que eso me contraria sobremanera!

—Señores caballeros, dijo en esto una voz á espaldas de los estudiantes; bien sabia yo que al fin habia de encontraros.

—¡Hola, bergante! ¡A buena parte nos has llevado esta noche!

—Yo no tengo la culpa de que vuestras mercedes hayan armado camorra.

—¿Y qué interés tenias en encontraros ahora?

—¡A ver! ¡Acaso habeis olvidado de la promesa que le hicisteis á la gitana de la buena ventura?

—A fe que has llegado muy oportunamente.

—Yo os conduciré á su casa.

Francisco de la Torre parecia no aprobar el proyecto de ir á casa de la vieja sibila. Su natural circospeccion le hacia recelar alguna otra desagradable aventura como la ocurrida en la casa de tablage, y por lo tanto rehusaba el prestarse á que una imprudente confianza le separase de sus altos pensamientos y de llevar á cabo las gloriosas aspiraciones de su gran corazón, porque ahora mas que nunca le presentaba de lejos sus coronas de laurel y sus magníficos esplendores, esa deidad de las almas grandes que se llama gloria.

genieros, distribuyéndolos convenientemente en las provincias.

¡Oh! qué lamentable equivocacion padecen los que supongan esto! pues lejos de suceder así los tuvo mas de un año sin colocar: y el propio suceso con los que en las promociones anuales van terminando su carrera. ¡Fué motivada esta medida porque los que estaban al frente del ramo en las provincias y en el ministerio eran tan inteligentes como los ingenieros de montes! Demás estaba entonces la fundacion de la escuela, y responsable era el gobierno ante el supremo tribunal de la conciencia pública de los cuantiosos intereses que se gastaban superfluo. ¿Fué por respetar intereses creados que no pudieran desatenderse? El gobierno debió meditarlo bien, previamente para no defraudar las esperanzas de los que con tanta fé y buenos deseos consumian su juventud y patrimonio en seguir una carrera científica. Pero ni la una ni la otra hipótesis son ciertas; pues los empleados eran legos completamente en la materia y sin derecho alguno á consideracion por parte del gobierno para sostenerlos en sus respectivos puestos.

Y aun dado por supuesto este derecho, ¿no es mas atendible el bien general de los pueblos que el de cuarenta y tantos particulares? ¿no se les podría haber trasladado á otros ramos de la administracion en donde seguramente hubieran sido mas útiles que en ramos de montes? Indudablemente sí. ¿En qué ha consistido, pues, la oposicion que ha habido y hay para colocar á los ingenieros en los puntos que de derecho les correspondian? Dejamos consignado que hasta el presente ignorábamos la causa; pero habiendo tratado de averiguarla, hemos hecho las suposiciones siguientes, que podrán parecer gratuitas, pero que creemos alicionados por una triste esperiencia sean muy exactas.

1.º Los ingenieros de montes por decoro propio y honor á su carrera, de la cual no pueden ser expulsados sino por causa probada y sentenciada, no consentirán de manera alguna servir de dóciles y ciegos instrumentos para un acto tan solemne como las elecciones, del cual dependa la felicidad ruina de los pueblos. Los demas empleados sí, por regla general, porque es muy difícil que un empleado sin contar con otro patrimonio ni otra carrera que su destino, contrarie las disposiciones del gobierno y prefiera quedarse sin el sueldo á obrar en contra de su deber y de su conciencia.

2.º Los ingenieros protestarian solemnemente ante la Nacion entera contra la invergonada costumbre del gobierno de remover el personal á cada paso, que es una de las poderosas causas que mas han contribuido á desmoralizar sus empleados y á que la riqueza forestal sea patrimonio de todo el mundo. Los demas empleados no podian desplegar sus labios sobre este punto, porque al gobierno les imponia silencio cuando de buena fé denunciaban una injusticia, ya intimidándolos con su separacion, ó ya manifestando que obraban dentro del círculo de sus omnimodas facultades.

3.º Los ingenieros no podrán menos de pedir la supension completa del actual sistema de expediente, tan perjudicial para los intereses particulares como para los del Estado. Los demas empleados no podrian hacer esto porque sus conocimientos son ajenos á la ciencia y porque sus efimeros destinos no les permitirian llevar á cabo esta reforma tan importante.

4.º Los ingenieros reducirían á la nada á esos mercaderes políticos que se han enriquecido á espensas de los montes, ora talándolos, ora usurpándolos, y que á cuenta de votos piden para sus distritos los empleos que mas les convienen para continuar sus ágiles. Los demas empleados no podian, no debian oponerse á estos amagos sin faltar á un deber de gratitud hácia los que les daban sus destinos. Y si alguna duda tuviéramos sobre este punto la guerra cruda que han hecho algunos políticos de oficio desde elevados puestos á los nuevos funcionarios; las frecuentes y vejatorias traslaciones y cesantías que se hacen en el ramo frecuentemente, por desgracia, siendo la mayor parte de estos empleados víctimas de su honradez; y en fin, las causas criminales que se suceden diariamente en los juzgados, con el pretexto de cortas ó roturaciones, especialmente en las épocas de contiendas electorales, sin mas delito que pertenecer á este ó á aquel color político, no acceder á sus exigencias inmorales, y sin mas pruebas que el simple dicho de un perjuro; todo esto, decimos, vendría infaliblemente á desvanecerse. Estos son en nuestro sentir los principales motivos que ha debido tener el gobierno para desatender las quejas del país y los intereses de los pueblos.

No concluiremos sin manifestar que al hablar de los empleados del ramo en general, ha habido honrosas excepciones, aunque en corto número, cuyos individuos han sabido sostener su dignidad como hombres celosos y de decoro, y han preferido la cesantía á doblar la cerviz ante el inhumano capricho de un tirano.

Pasemos ahora á examinar los trabajos que se les encomendaron á los ingenieros y sus resultados. Estos se reducen á la formacion de una memoria de reconocimiento de los montes de algunas provincias, y á dibujar varios croquis que hiciesen inteligibles las memorias á las personas mas extrañas á la ciencia. Como quiera que la mayor parte de los datos que sirvieron para formar dichas memorias y especialmente los croquis, fueron tomados á simple vista, pues el gobierno ni dió medios ni tiempo para ego-

—Vamos, ¿no quieres venir? dijo Andrés sacando bruscamente á su amigo de sus reflexiones.

El poeta se encogió de hombros con una expresion que significaba:

—Mejor preferiria quedarme.

—¡Renunciarás á oír las famosas revelaciones de la calavera parlante? dijo Andrés procurando excitar la curiosidad de su compañero.

—Podíamos ir mañana.

—Sí; pero entonces la vieja puede estar de mal humor, porque nos habrá estado aguardando esta noche inútilmente.

—Es verdad que le dimos la cita; pero ¿y si nos encontramos la ronda?

—Ya no nos conocerán, y si por acaso nos reconociesen nos abriremos camino á cuchilladas.

Esta resolucion agradó al poeta, por mas que este nunca deseara desvanecer la espada por causas ligeras.

Acaso tambien influyó en su ánimo para resolverse la viva curiosidad que le habia inspirado la inteligencia nada comun, y por decirlo así, sobrenatural, de la vieja sibila.

Sotillo, pues ya le habrán reconocido nuestros lectores, condujo á los estudiantes á casa de la gitana que vivia en el barrio del Lavapiés, en una casa de humilde apariencia.

Ya estaba la vieja esperando á los jóvenes, cuando esto se presentaron en su estancia.

—Venid, dijo conduciéndolos á un cuarto del segundo piso.

Nuestros estudiantes se miraron con sorpresa al ver los extraños preparativos de la gitana.

Sobre una mesa veíase una calavera y á cada lado una luz.

FOLLETIN.

EL GENIO Y EL MUNDO.

NOVELA HISTORICA

POR

Don Juan de Dios de Mora.

CAPITULO XIII.

Que trata de cosas de tan mala monta como lo son la famosa suerte del espejo de Claramonte y los no menos famosas relaciones de la calavera parlante.

De pronto apareció un grupo de hombres y se oyeron algunas voces que decian.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Favor al rey!

Ya algunos corchetes rodeaban á Andrés del Pozo, que nunca pudo temer aquella tan repentina agresion, cuando presentóse Don Angel diciendo con voz estentórea.

—¡Atrás!

—¡El hombre misterioso! exclamaron aterrados los corchetes, que sin duda conocian á Magog de haberlo visto en algunas circunstancias solemnes y terribles á juzgar por el sentido de sus exclamaciones.

El terror producido por la súbita aparicion de Magog, dió lugar á nuestros jugadores á que tomasen las de villadiego. Andrés del Pozo y Francisco de la Torre se encontraron